

Siete panes y unos pocos peces

HOMILIAS - 6 de diciembre de 2000

San Pablo-extra-muros

Damos las gracias al Señor por el don que nos ha concedido de clausurar hoy nuestra asamblea en esta Basílica dedicada a la memoria del Apóstol Pablo.

El recuerdo de este Apóstol de Jesucristo nos hace pensar en la fe que él tuvo, y que lo llevó a escribir al final de su vida: "He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe" (2 Tm 4,7).

Por esta fe él consumió su existencia y entregó su vida. "Porque yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente" (ib 4,6) escribía en la misma carta a Timoteo.

De la Basílica de San Pablo saldremos dentro de poco para volver a nuestras familias y comunidades eclesiales, para vivir nuestra fe con gratitud y gozo, para testimoniarla con valor y para anunciar el Evangelio del Señor dispuestos a dar siempre una respuesta a quien nos pida razón de nuestra esperanza, pero con dulzura y respeto y con una buena conciencia (cf 1 P 3,15).

1. La Palabra de Dios (Is 25,6-10a/Mt 15,29-37)

Contemplemos a las personas que siguen a Jesús. No se trata de individuos aislados que piden un consuelo personal. La descripción de Mateo parece decirnos que cada uno lleva sobre sus hombros una carga de pobreza "cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos" (Mt 15,29). A los pies de Jesús quedan puestas todas las pobrezas humanas, porque Él es capaz de vencer todo mal y curar a todos. La gente queda maravillada y glorifica al Dios de Israel.

Esta muchedumbre exultante suscita la compasión de Jesús. En efecto, llevan tres días siguiéndolo y, aunque ya sin el peso de sus enfermos, no tienen fuerzas para volver a sus casas.

Y, tras muchos milagros, se produce el gran milagro: la multiplicación de los panes y de los peces. Se cumple la gran fiesta descrita por el profeta Isaías (Primera lectura). Comiendo, todos podrán recuperar las fuerzas y volver a sus casas, demostrando a los demás la misericordia y la potencia de Dios.

En esta celebración Eucarística, también nosotros estamos recibiendo el pan multiplicado, no sólo el pan humano sino el de la vida eterna. Sin alimentarnos con el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor, volveremos de todos modos a nuestras casas, pero sin ese entusiasmo necesario para vivir y anunciar la fe más allá de nuestra asamblea, en los momentos difíciles de la vida y en el entramado, a menudo complicado, de la sociedad.

El Señor Jesucristo ha dirigido su mirada hacia nosotros, ha sido compasivo con nosotros y ha dado su vida como alimento necesario para nuestro camino.

Démosle gracias desde lo más hondo de nuestros corazones.

2. Memoria de san Nicolás de Mira

Hoy celebramos a san Nicolás de Mira, un santo venerado en Oriente y en Occidente. Tenemos pocos datos históricos sobre san Nicolás; sabemos que fue obispo de Mira y que murió el año 350 d. C.

Una biografía publicada hacia el siglo X, lo presenta como el Santo de la Caridad, que socorría a los niños que sufrían y a las chicas pobres que eran excluidas del matrimonio y por lo tanto de la sociedad.

En 1984, el Santo Padre, durante su visita pastoral a Bari, se dirigió al Santo de Mira con estas palabras: "¿Quién es tu Dios, Nicolás?... ¿Quién es tu Dios, del cual tú das testimonio? ¡Acércanos hacia ese Dios!". Juan Pablo II continuó diciendo: "El Señor que (san Nicolás) testimonió durante su vida, es el Dios de Jesucristo, y por tanto nuestro Padre rico en ternura y amor".

3. ¿Quién es nuestro Dios, de quien damos testimonio?

En este tiempo de Adviento, la Liturgia nos invita a intensificar la espera en el Dios que viene; a reforzar en nosotros y en los demás, el deseo del encuentro con nuestro Salvador.

Somos nosotros, día a día, los destinatarios de la misericordia de Dios; por eso, desde el Bautismo estamos llamados a dar testimonio del Dios de Jesucristo, del Padre "que tanto amó

al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16).

¿Cómo haremos para dar testimonio de nuestro Dios?

Como en la escena descrita por el Evangelista Mateo, también nosotros seguimos al Señor, llevando sobre nuestras espaldas la carga de las pobrezas de nuestros hermanos y hermanas, y las colocamos con confianza a los pies de Jesús. Le presentamos, con alegría, generosidad y simplicidad de corazón "siete panes y unos pocos peces", nuestras pequeñas y pobres energías, para que sacie el hambre de felicidad, de verdad y de libertad que sólo Él sabe leer en lo profundo del corazón de nuestros hermanos y hermanas.

4. Como María

La Virgen santa era consciente de su pequeñez y de su pobreza frente al gran misterio de la Redención, pero no tuvo miedo en decir su "fiat" al Ángel.

Por su respuesta al anuncio del Ángel, la misericordia de Dios se ha revelado y llega hoy hasta nosotros por medio de su Hijo Jesús.

Amén.

S. E. Mons. Agostino Superbo

III ASAMBLEA ORDINARIA - Roma, 2-6 de diciembre de 2000

Acción Católica: fieles laicos que viven la novedad del Evangelio y son signo de comunión

LA PERMANENTE ACTUALIDAD DE UN DON DEL ESPÍRITU